



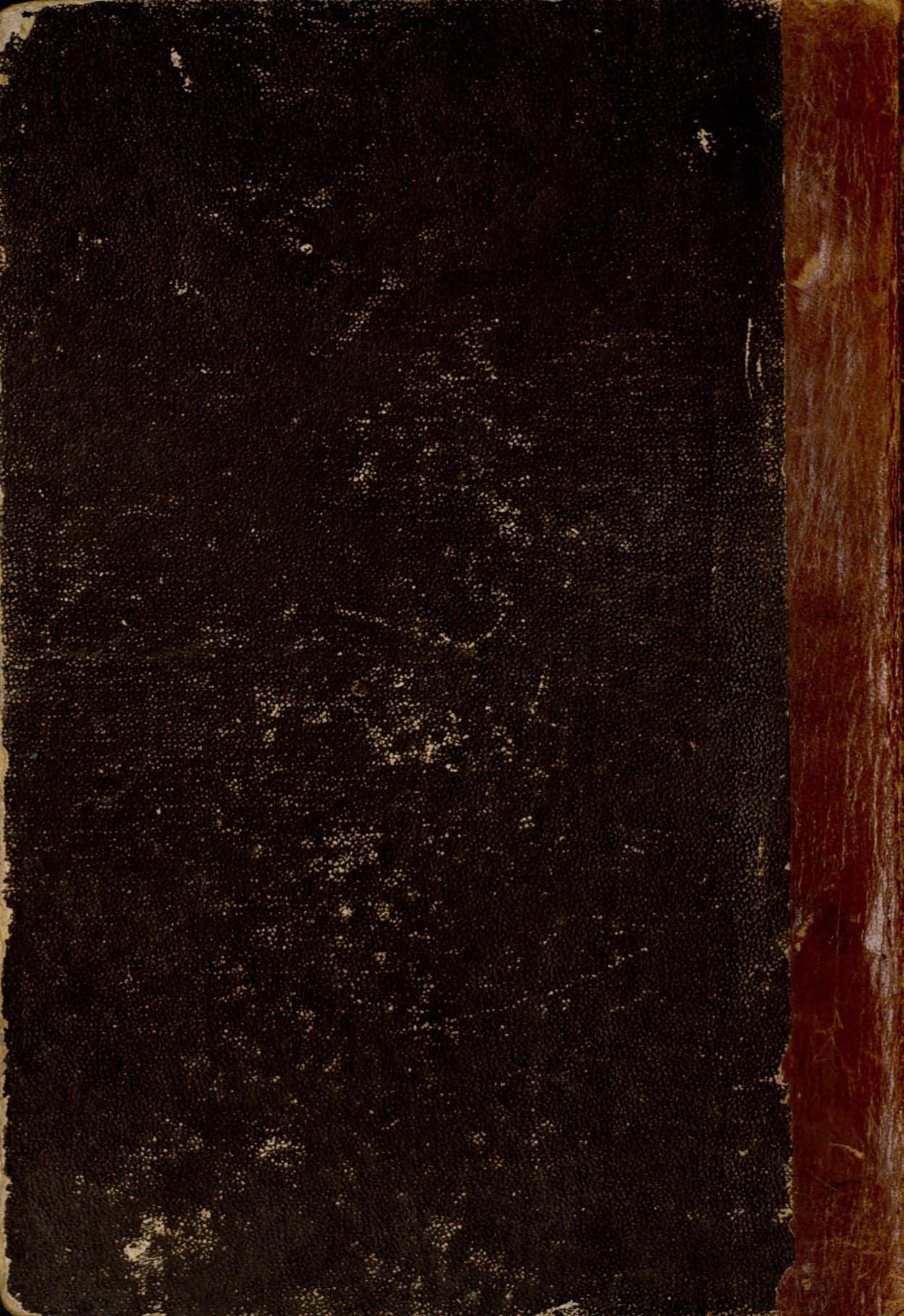


EL ANGEL

DE

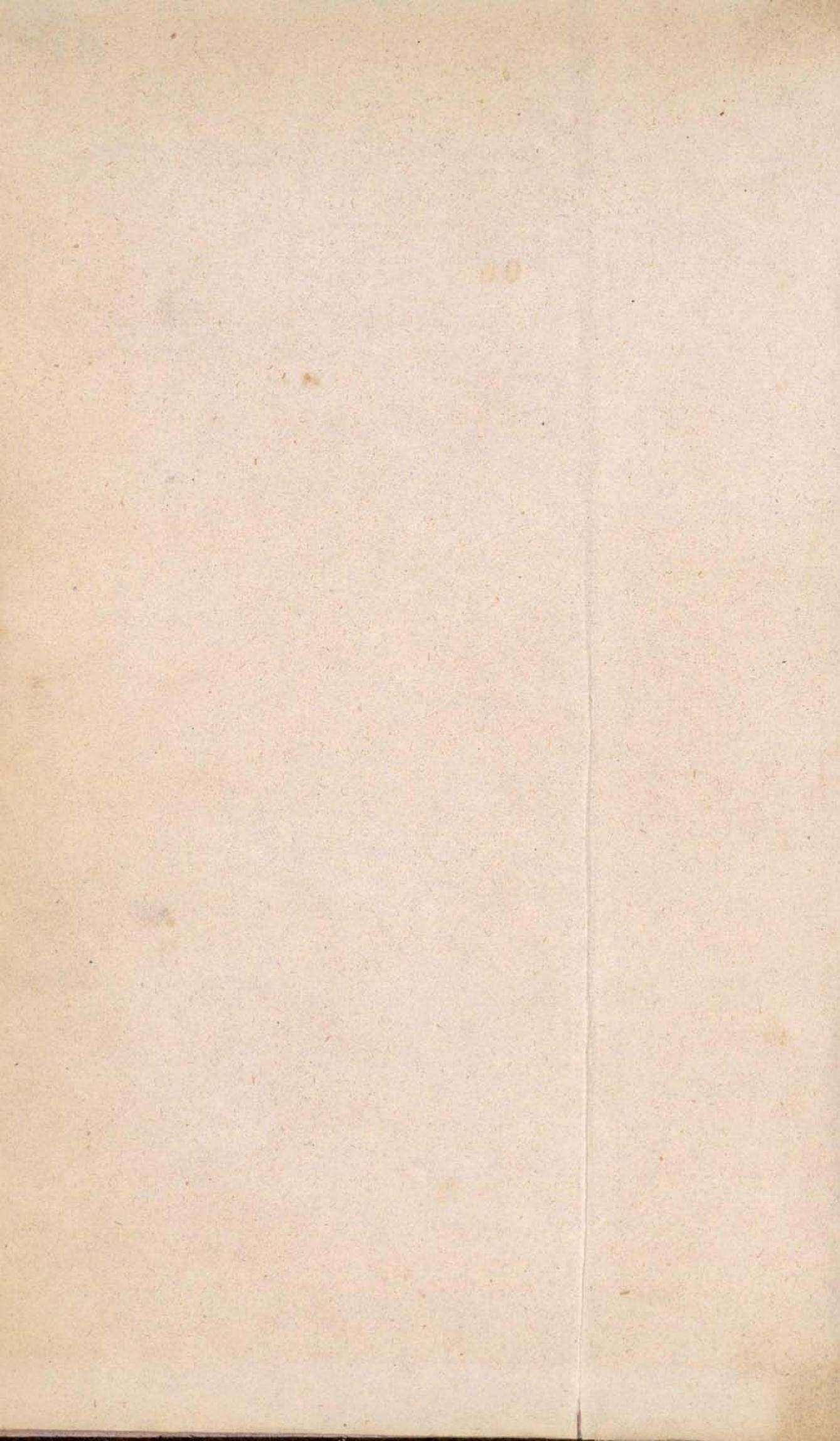
VALDE REA

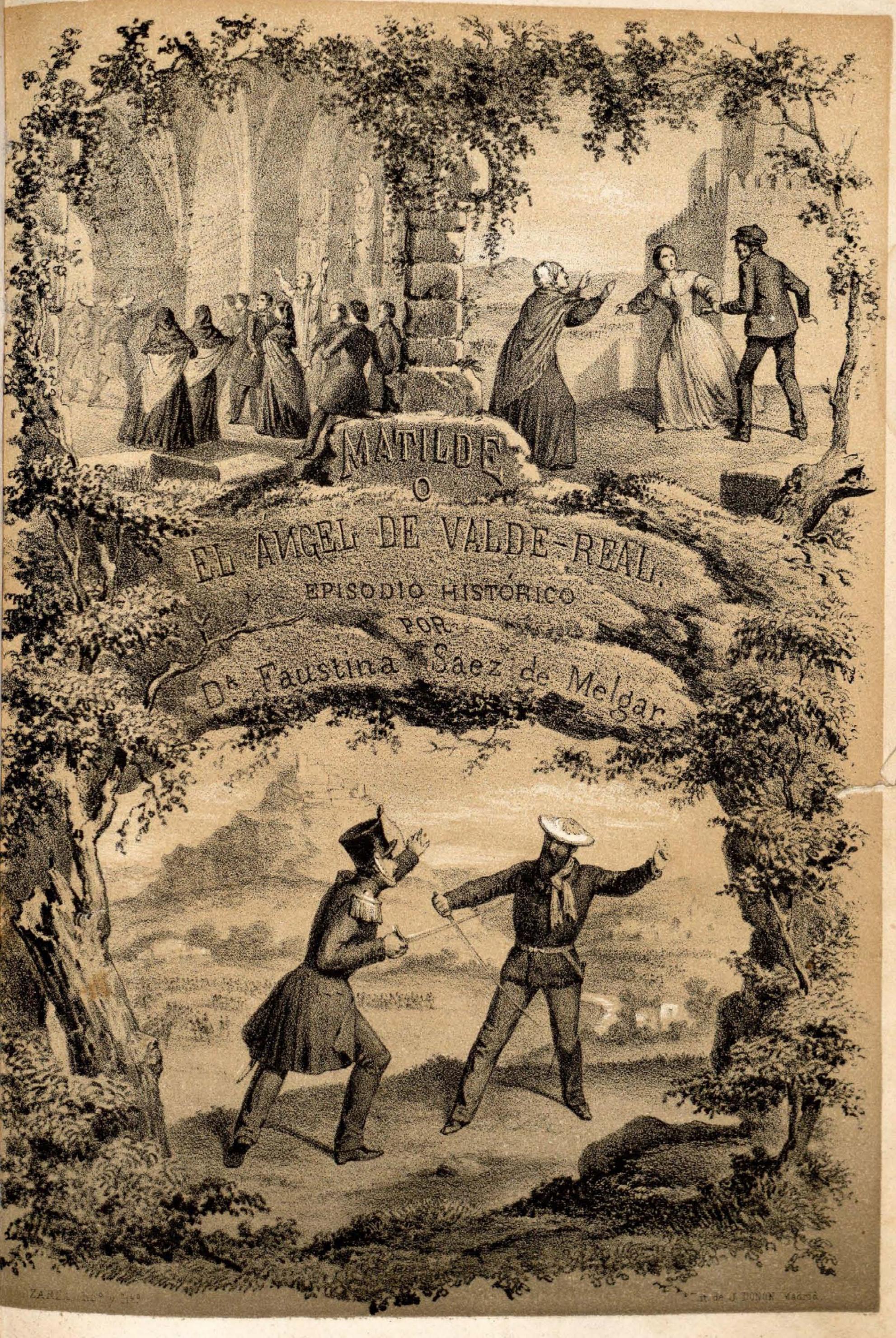




A-2252

R
132541





MATILDE

O

EL ANGEL DE VALDE-REAL

EPISODIO HISTORICO

POR

D. Faustina Saez de Melgar



BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

MATILDE

6

EL ANGEL DE VALDE REAL,

EPISODIO HISTORICO DE LA GUERRA CIVIL,

POR LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS,
Pretil de los Consejos, 3, pral.
1863.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS

UNIVERSIDAD

Es propiedad de su autora.



DONA FABIANA SAIZ DE MILLAN

REPUBLICA ESPAÑOLA

MADRID

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

DE MADRID

1911

A LA BELLA Y SIMPÁTICA SEÑORITA

DOÑA MATILDE ARGÜELLES TORAL Y HEVIA.

Amiga mía: Hay una época de barbárie y de crueldad en la historia de nuestra patria, que aparece cual un negro borron en sus gloriosos anales. Hablo de la guerra civil; esa desastrosa lucha de los siete años, durante la cual muchos españoles olvidaron su tradicional y caballeresco carácter, para convertirse en ciegos instrumentos de la rebelion y el fanatismo.

Dias de duelo, dias de eterno luto, fueron aquellos, cuyos estragos aún recuerda el alma estremecida. Nuestros asolados campos fueron testigos de inauditas escenas de horrible matanza donde la humeante sangre embargaba sin duda los ánimos, porque para los furibundos adalides, no tenian eco la voz fraternal del parentesco, la de la amistad, ni aun siquiera la humana cuanto caritativa piedad, que no pueden menos de sentir todos los corazones cristianos.

En mi país, como próximo á los montes de Toledo, en cuyo seno se guarecieron muchas turbas de facciosos, hubo infinitos, terribles episodios que aun recuerdo con pavor. Uno de estos es el que presento en mi obra, embellecido con la novelesca fábula de unos amores, que al propio tiempo que recuerden aquellos dias aciagos, interesen al lector, procurándole un rato de inocente distraccion.

Tal es la nueva obra que ofrezco al público, animada por su cordial benevolencia; y en cumplimiento de la promesa que hice á Vd., mi querida amiga, se la dedico, poniendo á mi heroina el bello nombre que Vd. lleva, y rogándola vea en ello solamente un testimonio del sincero y especial cariño que la profesa su apasionada amiga

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

CAPITULO PRIMERO.

Preliminares.

ERA un hermoso día de primavera, en esa turbulenta y borrascosa época de la guerra civil, cuando el partido carlista se agitaba furioso, sembrando do quiera el terror y la desolacion.

En el centro de la Alcarria, y situada en una llanura que atravesaba un riachuelo, alzábase una pintoresca aldea, si así puede llamarse á un grupo de veinte ó treinta casas que la formaban.

A su inmediacion y en la eminencia de una pequeña colina, distinguíase una magnífica casa, castillo feudal en otro tiempo; pero á la sazón despojado de todos sus atributos señoriales y reconstruido cien veces por sus numerosos descendientes, habia llegado, en la época á que me refiero, á ser una especie de quinta rodeada de huertas y alamedas donde los últimos herederos de la ilustre casa de Valde Real vejetaban tranquila y pacíficamente.

Componíase esta familia de un anciano orgulloso y altivo, como todos los de su raza; su esposa, señora

buena y caritativa, aunque enteramente conforme con las ideas del marido. Dos hijos, un varon y una hembra, eran el consuelo y apoyo de su vejez.

El jóven Hernan tenia igual carácter que su padre; era militar, y como todo buen español, en aquellos tiempos se hallaba en Cataluña defendiendo el trono de Isabel II.

La niña Matilde era un ángel; fresca y rosada como la aurora, blanca y pura cual la azucena, con cabellos negros, ojos de terciopelo y cutis de raso.

Sus quince años y su belleza la hacian encantadora; sus virtudes adorable. Era muy frecuente verla acompañada de su anciana nodriza recorriendo la reducida aldea, llevando á los pobres y á los enfermos consuelos y limosnas.

Apenas la conocian por su nombre; todos la llamaban la Flor de Valde Real, el ángel de la aldea, ó simplemente la señorita. Habíala designado con tan poéticos nombres un jóven llamado César, hermano de leche de Hernan, que se habia criado en el castillo.

Era costumbre inmemorial el designar con este título la casa de Valde Real, aunque ya fuese todo menos lo que indicaba su nombre; empero habíalo sido antiguamente, seguia perteneciendo á la misma familia, y la aldea habia recibido de él su denominacion.

Proseguiremos describiendo la localidad, á fin de que el lector conozca el teatro de los sucesos antes de hacer íntima relacion con los personajes.

Separaba el castillo de la aldea unos cien pasos; esta la atravesaba, segun he dicho, un riachuelo jugueton y cristalino en primavera, convertido en torrente en invierno, y en verano asemejándose á una estrecha y plateada cinta.

A su derecha, y casi besando las aguas, se alzaba la ermita de Nuestra Señora de Gracia.

Era un pequeño santuario, pobre y desmantelado, sin más adorno en sus blancas paredes que algunos cuadros de escaso mérito, varias cruces y una escultura que representaba el Cristo del Perdon.

En el altar donde se hallaba colocada la imagen de la Virgen, se veían algunos jarrones con flores, vasos de porcelana, candeleros con velas de cera y otros adornos, regalo todo de la señora del castillo.

También se ostentaba una preciosa sabanilla, magníficamente bordada y guarnecida de encaje, obra, según diremos más adelante, de la encantadora Matilde.

Nada más de notable se observa en la ermita; saliendo de ella, se vén á la puerta unos poyos de yeso; enfrente un paseo de árboles que conduce á la aldea; á su izquierda un estenso monte, al que precede el castillo; á la derecha el riachuelo, coronado de plantas y de flores, inmediato un molino, con su ruidosa cascada, su casita rústica rodeada de grandes árboles; más lejos, viñedos, olivares y una dilatada vega donde verdeguean los cereales, creciendo robusta y lozanamente las hermosas espigas de los trigos y las cebadas.

En el centro del grupo de casas que forman la aldea, se alza un sencillo campanario; es el de la modesta y pobre iglesia donde concurren diariamente los aldeanos, atraídos por la dulce y persuasiva elocuencia de su anciano pastor, digno cura párroco que desempeña este cargo en Valde Real desde su juventud.

Habita una casita contigua á la iglesia. Como vamos á conducir al lector á ella, la describiremos antes.

Compónese de un patio pequeño rodeado de parras y enredaderas; un portal grande á la derecha de la cocina: á la izquierda la sala con una alcoba, enfrente una puerta que conduce á otras habitaciones interiores y á la corraliza.

La salita era cuadrada, con una reja al campo, sin

más adornos que una docena de sillas de paja, un sofá, una mesa, sobre la cual había un crucifijo encerrado en una urna, y dos candeleros de metal con velas de cera.

Junto á la reja, un estante de pino lleno de libros religiosos, cerca una mesa cargada de papeles, y á su lado el sillón de roble con asiento y respaldo de cuero, que ocupaba generalmente el cura.

Las paredes, recién blanqueadas, hacían resaltar una docena de cuadros que representaban escenas sagradas.

Sin embargo de que era primavera, aún se sentía bastante frío, y con todo, el piso de la sala, como el de las demás habitaciones, estaba enladrillado, limpio y lustroso; pero sin estera. La pobreza y humildad del buen párroco no le permitían hacer gastos supérfluos cuando tantos infelices carecían hasta de lo necesario.

Se hallaba sentado el noble anciano junto á la ventana en la sombra que proyectaba la madera, teniendo los piés estendidos por calentarlos un poco, recibiendo los rayos del sol, que penetraban hasta el centro de la sala.

Era imposible contemplar una vez al buen sacerdote sin sentir una especie de respetuosa veneración, imposible de contener. Su fisonomía expresiva, dulce y franca, era la imágen de su alma tiernísima y bondadosa.

Representaba unos sesenta años; de alta estatura, grueso, debió ser arrogante y gallardo en su juventud; mas el peso de los años y los padecimientos habían hecho encorvar un poco hácia adelante aquella espalda, recta en otro tiempo. Tenía el cabello blanco enteramente, lo que con la majestad de su presencia y con la mirada magnética y severa de sus grandes y negros ojos, le hacían imponente y respetable.

—Buenos días; —dijo una mujer entrando en la sala.

—Muy buenos, hija mía; —la contestó el buen cura dejando sobre la mesa, que estaba á su derecha, el breviario en que leía.

Era la recién llegada alta, gruesa, representaba unos cincuenta años, y tenía los cabellos casi blancos, sujetos en la nuca en forma de castaña. Sus ojillos negros y vivarachos, revelaban una penetración poco común en las gentes de su clase. Sus maneras bastante finas y distinguidas, denotaban que tenía costumbre de tratar á personas de una esfera más alta que la suya.

Vestia un hábito de estameña color de pasa, por lo cual, y por el escudo de plata y la correa de charol pendiente de su cintura, conociase que era del Cármen.

Un delantal de percal y un manton de lana completaban el traje, aumentando un pañuelo de seda ceniciento con que cubría sus bien peinadas canas.

—¿Ha ocurrido alguna novedad en el castillo, señora Andrea?—la preguntó el sacerdote.

—No señor; ¿por qué lo pregunta Vd.?

—Me estraña verla tan temprano por la aldea.

Eran las siete de la mañana.

—Vengo con recado de los señores á prevenir á usted que será el casamiento mañana.

—¿Se han decidido por fin?

—Sí señor: el novio tiene mucha prisa; se le figura que le van á quitar la alhaja; ¡válgame Dios, señor cura! ¡qué cosas se ven en el mundo! ¡Quién me había de decir que esa criatura tan hermosa, tan angelical, se casaría con ese mal hombre! ¡El perillan... caballero de industria, llevarse un pimpollo tan hermoso, al ángel de Valde Real, como la llaman en la aldea!... ¡Oh! Yo que la he criado á mis pechos... que la quiero como si fuera mi hija, no puedo soportar la idea de que se case con él; toda la noche me he pasado llorando, y cada vez que le miro me dan impulsos de ahogarle. ¡Ah! Perdone Vd., señor cura, si me escedo... estoy fuera de juicio.

La buena nodriza, diciendo esto, lloraba como una criatura.

—Vamos, señora Andrea, deje Vd. obrar á la razon; cuando los señores, que son padres de la niña, y tienen motivos para quererla más que Vd., consienten en la boda, tendrán sus razones para ello.

—Porque los tiene engañados; es un hipócrita, embustero, que sabe más que Merlin; les ha cojido el pan debajo del brazo, como se suele decir, y así les ha trastornado á todos el juicio.

—Pero Matilde, ¿le ama?

—;Quiá! ; no señor!... Bien sabe Vd. que mi pobre-cita niña es un ángel, y se sacrifica por darles gusto.

—Si no ha de ser feliz con él, es una crueldad el casarla.

—Ya lo creo; pero como no tiene fuerza de voluntad para decir no le quiero, y cuando la hablan contesta:— Bien; me casaré, ya que Vds. lo creen conveniente.—¿Y serás feliz? la preguntan.—Creo que sí; toda mujer es dichosa cumpliendo sus deberes, y yo nunca faltaré á los míos.—De aquí no la sacan. Y luego los lloros y los suspiros son en la soledad de su cuarto; yo, que ando siempre acechando, la he visto muchas noches en vela, y pasadas en un dolor angustioso.

—;Pobre niña; es una santa!...

—;Ah! señor cura; yo quisiera que Vd. la hablase esta tarde antes de ver á sus padres, y se enterase del estado de su corazon; porque á mí nadie me quita de la cabeza que ella tiene alguna pena oculta, que no quiere revelar á nadie.

—Sí, lo haré, sí; á las cuatro estoy allí. Daria cualquier cosa por verla feliz.

—Entonces aguardaremos á Vd. en el jardin. Luego procura Vd. con maña enterarse del ánimo que tienen los padres y de las intenciones de ese novio aborrecido.

—Pierda Vd. cuidado, señora Andrea; haré lo que esté de mi parte para conciliarlo todo lo mejor posible,

—Dios le ilumine á Vd. , y les haga tocarles en el corazon , á ver si desisten de ese malhadado casamiento.

—Vaya Vd. tranquila.

—Pues hasta la tarde , señor cura; que no se haga usted esperar.

—Vaya Vd. con Dios. Mis recuerdos á los señores.

—Mil gracias. Voy á saludar á la señora Leoncia antes de marcharme.

—En la cocina estará: por aquí; por esta puerta de la derecha.

—Ya sé ; no se incomode Vd.

—Nada de eso ; yo tambien me marchó á decir misa.

An rea entró á buscar al ama del cura y éste , poniéndose los manteos y el sombrero de teja , salió de la sala , dejando cerrada la puerta y la ventana. Luego cojió unas perdices , que en sus jaulas , y cubiertas con fundas de bayeta verde , tenia puestas en una tabla. Las descubrió , y dejándolas entre sol y sombra debajo del emparado , se dirijió con lento paso hácia la iglesia.

CAPITULO II.

Dos cotorras.

—¡Señora Leoncia, señora Leoncia! ¿Dónde está usted metida?...—entró diciendo Andrea.

—¿Quién es? ¿Quién me llama? ¡Hola, es Vd.! ¡Cuánto me alegro! ¿Y cómo vá?

Diciendo esto el ama del cura, salió de la despensa con las manos llenas de masa, y descubiertos hasta arriba unos brazos negros y huesosos, muy diferentes á los blancos y redondos de la señora Andrea.

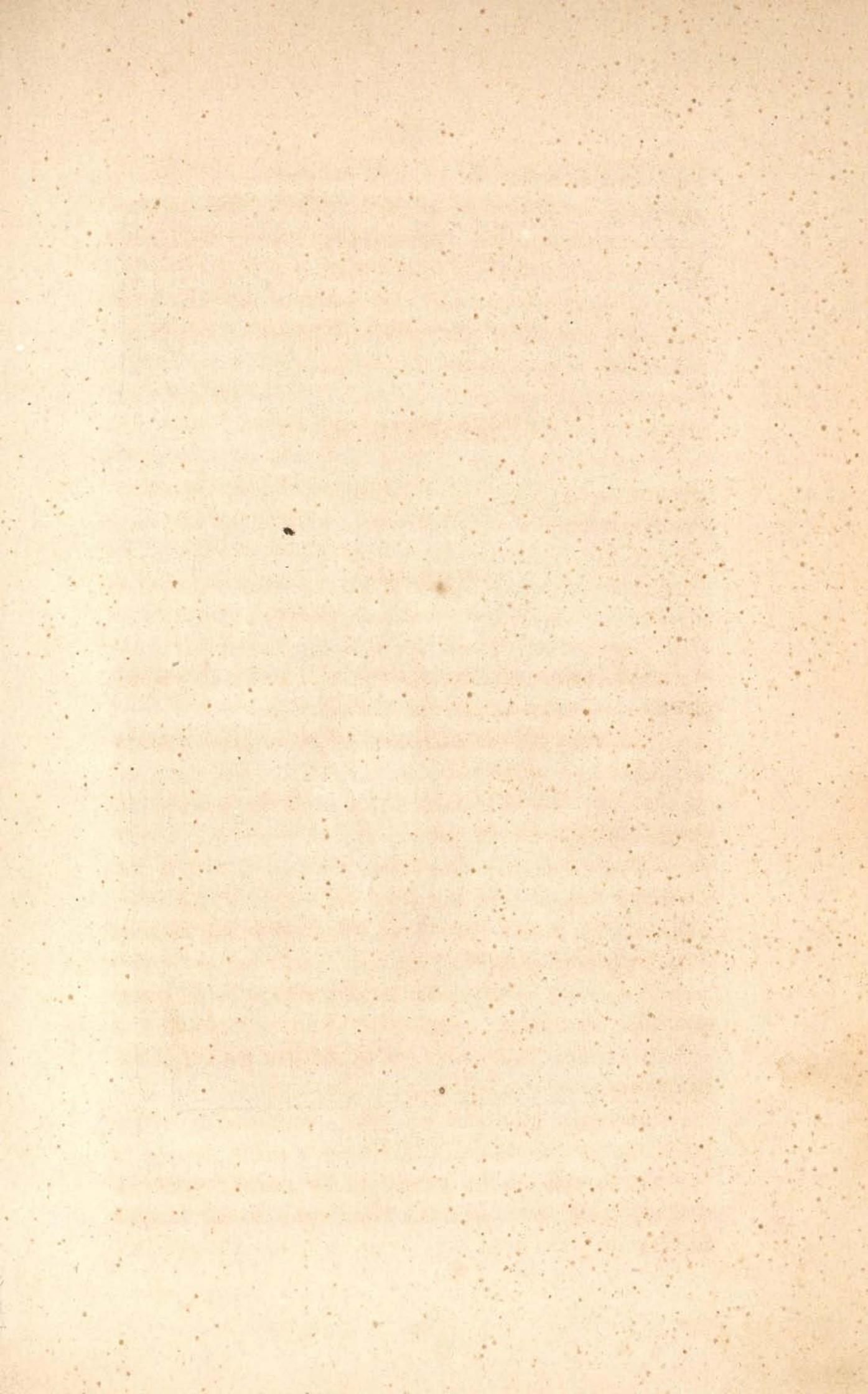
—Así, así; vamos pasando. ¿Vd. siempre tan robusta y tan ocupada?...

—¡Y qué hemos de hacer!... ¡En algo se ha de pasar esta vida miserable!... Pero pase Vd. á sentarse.

—No quiero incomodar; prosiga Vd. en sus ocupaciones.

—Pues entonces venga Vd. aquí; continuaré mi tarea, y hablaremos un rato.

—Eso sí, con mucho gusto; es mi pasión favorita la charla: yo me moriría si me obligasen á callar mucho tiempo.



MATILDE Ó EL ANGEL DE VALDE-REAL.



Andrea y el ama del Cura.

Imp. de EL SIGLO XIX.

—A mi me sucede igual; y por mi desgracia estoy condenada al silencio: con el señor cura no se puede nunca entablar conversacion; siempre metido en la sala con sus libros y sus rezos, allá se está y no quiere que le incomoden.

—¡Es un bendito de Dios!

—Eso sí, bueno como el buen pan; pero taciturno y metido en sí como él solo. ¡Ay! ¡En eso no se parece á su antecesor: aquel sí que era un amo como hay pocos! ¡tan franco, tan alegre, tan comunicativo!... No hacía nada sin consultarlo conmigo, y siempre me estaba mirando á la cara á ver si estaba contenta.

—Por eso guarda Vd. tan buenos recuerdos suyos.

—Sí, señora; hace veinte años que se murió, y todavía le estoy llorando. ¡Pobre D. Anselmo!

—Se enjugó Leoncía una lágrima con la punta de su delantal; y luego, como queriendo desechar aquel recuerdo, movió la cabeza, dió un fuerte suspiro, y empezando á batir la masa con afán, exclamó:

—¡Hablemos de los vivos! Vamos, señora Andrea, cuénteme Vd. algo de la boda mientras concluyo de amasar estos bollos.

—¡Hola! ¡Está Vd. de repostera?

—¡Psch!... De todo hay que hacer; son los días del señor cura mañana, y quiero obsequiarle con algunas frioleras, que no probará, por supuesto; porque es como en todas las cosas: se alimenta de legumbres, y siempre está con ayunos y abstinencias.

—Con eso se las come Vd.

—Así será; en todo sucede lo mismo: se ponen las cosas rancias, hasta que yo las quito de enmedio por evitar que se echen á perder.

La señora Leoncía era el verdadero tipo del ama de cura: entrometida, golosa, murmuradora y charlatana. No le faltaba nunca la gallina en el puchero, ni los pollos.

asados en la despensa, ni los almibares, bizcochos y otras mil golosinas.

Si alguien la hacía notar tanta prodigalidad, contestaba :

—Lo hago por el pobrecito señor cura. Con esas abstinencias tan continuadas, me temo que pierda el estómago, ó á lo mejor le dé un desmayo, y no quiero que me coja desprevénida. Mujer prevenida, vale por dos.

El exceso sin duda de la buena vida que se daba, no la dejaba engordar. Era alta y delgada, de formas y ángulos salientes, con nariz de papagayo, ojos grises, boca hundida y huérfana de dientes y muelas.

A pesar de sus cincuenta años, la gustaba vestir con elegancia, y siempre llevaba unos trajes muy churri-guerescos y llenos de cintas y lazos.

Pretendia ser hija de un alto funcionario, y tenia sus humos aristocráticos.

—¡Ea ! Pero dígame Vd. algo de la boda ; tengo impaciencia por saber lo que hay ;—insistió, mirando fijamente á la nodriza para que no eludiese la contestacion.

—¿Qué quiere Vd. que la diga?

—¿Cuándo se casan?

—Mañana quieren los padres y el novio.

—¿Y la novia?

—Calla y obedece ; es un ángel, y no tiene bastantes ánimos para oponerse á la despótica voluntad de sus tiranos.

—A mí me podian venir con esas ; pronto los echaba á paseo y hacia mi gusto ; porque aquí para entre nos-ótras, yo creo que Matilde está enamorada. ¿No le parece á Vd. ?

—¿Qué me cuenta Vd. ? ¿Y de quién?

Andrea, haciéndose de nuevas, queria sacar puntos al ama.

— ¡Toma! ¿Qué, no lo sabe Vd.? Pues no se dice otra cosa en toda la aldea.

— Pues aseguro á Vd. que ignoro los rumores que puedan correr acerca de mi querida señorita, y nada he notado á pesar de que estoy siempre con ella.

— ¡Vaya, vaya! ¿Ahora estamos en esa? ¡Es muy extraño!

— Pero cuénteme Vd. lo que sepa.

— Lo que sabe todo el mundo: que el pobre César ha desaparecido del castillo sin saber cómo.

— Ese es un acontecimiento que no tiene relacion con Matilde.

— ¿Y si hubiera sido ella la causa?

— ¿Por qué?

— Está visto: con Vd. es preciso hablar claro; pues allá vá: César, hace muchos años, estaba enamorado de la señorita: ha vivido con la ilusion de que era correspondido, y al aparecer en campaña ese novio madrileño, ha perdido las esperanzas completamente, y se ha marchado desesperado, Dios sabe dónde.

— ¿Y quién ha propalado esos embustes?

— No lo sé; ello corre por todas las casas de la aldea, y de donde sale la noticia más adornada de fábulas y comentarios es de casa del sacristan.

— ¡Hola! ¿Tienen algun interés en ello?

— Mucho: como que Mauricia, la hija del sacristan, está perdida por César, y eso que él nunca la ha dicho siquiera «buenos ojos tienes.»

— Pues pronto se cortarán esas hablillas, porque mañana se casan. Puede Vd. dar esa buena noticia á la sacristana.

— ¿Pero es de veras?

— Como que con ese objeto he venido á ver al señor cura.

— ¡Ay, pobre chico! Mal rato vá á pasar cuando lo sepa....

— ¿Pero de quién habla Vd. ?

— De César; se muere de pena, seguro.

— ¿Y Vd. dá crédito á semejantes calumnias ?

— ¿Qué he de hacer? Cuando el rio suena, agua lleva.

— Pues lo que es este rio, aunque suena, está seco.

Todas esas habladurias no tienen un átomo de verdad.

— Usted es muy reservada, y no quiere confesarlo: en fin, allá lo veremos.

— El tiempo es el mejor testigo.

Ambas mujeres callaron, quedando un instante cortada la conversacion.

Leoncia habia concluido sus bollos, y se lavaba las manos en una palangana.

Andrea, asomada á la ventana de la cocina que iba á la calle, se colocaba el pañuelo de seda en la cabeza.

— ¿Qué, ya se vá Vd.? — preguntó el ama.

— Sí señora; tengo mucho que hacer.

— ¡Tanta prisa! Vaya, siéntese Vd. otro poquito.

— Muchas gracias.

— Me enfada la soledad y el silencio.

— Aquí viene Mauricia, que hará á Vd. compañía.

— Muy buenos dias, señoras; — dijo ésta entrando en la cocina con la mayor franqueza.

— Adios, mujer: ¿cómo te vá? — la preguntó Andrea.

— Perfectamente: ¿Vd. siempre tan lucida? ¿Y los señores, y la señorita Matilde?

— Todos buenos, á Dios gracias.

— He visto á Vd. entrar aquí, y vengo en su busca.

— ¿Qué cartas son esas que llevas en la mano? ¿Te ha escrito el novio? — preguntó Leoncia señalando á un paquete que la jóven llevaba.

— Acaba de venir el correo, y me las ha dado mi padre para que se las traiga á la señora Andrea.

—¿Son para el castillo?

—Sí; y una tjene el sobre para Vd.

—Dáme, hija mía; dáme.

—Dios quiera traigan buenas noticias; —indicó Leoncia deseando con sus miradas penetrar el contenido de ellas.

—¡Ojalá! Serán de Cataluña; del señorito Hernan, que el pobrecillo está peleándose como un leon, con esos malhadados facciosos; —dijo Andrea guardándose las.

—¡Tan jóven y tan guapo! Es lástima que se haya ido tan pronto á la guerra.

—¡Orgullo de familia!... Todos los primogénitos de la casa han sido militares, y desde tiempo inmemorial vienen siguiendo la costumbre.

—Y ahora que hablamos de esto, —dijo Mauricia, —¿saben Vds. que paso un miedo horrible todas las noches?

—¿Y por qué?

—He oido decir que la faccion está á dos leguas de aqui, y la partida de ese maldito capitan que llaman el Solitario, está haciendo estragos en los pueblos inmediatos.

—No liagas caso de eso; aunque vengan, ¿á nosotras qué nos han de hacer?

—¡Toma! Robarnos cuanto tengamos y llevarse las jóvenes á los montes de Toledo, para sacar por ellas buen rescate.

—Nada tendría de estraño, porque en toda España están cometiendo esos malvados actos de esa especie; —murmuró Andrea estremeciéndose.

—¡Y el Solitario! Con la fama que tiene de valiente y arrojado, si se presenta en la aldea con media docena de hombres, no hay quien se le ponga delante.

—Ya lo creo; como que de treinta vecinos que habia en Valde Real, apenas han quedado diez; todos, dejándonos los viejos y los chicos para que hagan ruido, se han largado á buen paso; unos á defender á Isabel II, y otros á Cárlos V.

—De estos últimos ha sido César; ¿no es verdad, señora Andrea?—dijo con intencion el ama del cura.

Mauricia se puso colorada. Andrea replicó algo amostazada:

—¿Y yo qué sé? ¿A qué me hace Vd. semejantes preguntas?

—Como está Vd. en correspondencia con él, debe saber su paradero.

—¿Y quién ha dicho tal cosa?

—Esa carta que se ha guardado Vd. en el bolsillo; ¿creía Vd. que no conozco su letra? Precisamente tengo aquí unas letrillas escritas por él para cantarlas en la novena que hicieron el año pasado á la Virgen del Cármen. Mírelas Vd.

Con la idea de hacer que la nodriza sacase la carta y asegurarse de que efectivamente era de Cesar, fué á un armario y sacó las coplas; pero se llevó chasco, porque Andrea, retirándolas con la mano, no estando dispuesta á satisfacer su curiosidad, repuso:

—¡Vaya, que Vd. con ese pretexto, quiere enterarse de quién son las cartas! Y como son dirigidas á mis señores, no puedo vender sus secretos; por consiguiente, siento infinito no complacer á Vd.

—Tiene razon la señora Andrea,—dijo Mauricio; pero no porque tuviese menos ganas que la otra de enterarse.

—Lo que tiene es mucha malicia y mucho disimulo;—replicó el ama, colérica al verse burlada.

—¡Ea! que Vds. lo pasen bien;—dijo la nodriza dirigiéndose á la puerta:—otro dia haremos la descripcion de mis cualidades.

—Vaya Vd. con Dios, señora Andrea,—dijo Leoncia dulcificando su gesto;—y no me guarde Vd. rencor por lo que lahe dicho, que ha sido una chanza.

—¡Pues no faltaba más! Nosotras siempre seremos buenas amigas; adios, Mauricio.

—Que Vd. lo pase bien ; espresiones á la señorita.

—Gracias , mujer , lo estimará.

—¡Qué taimada de vieja!—dijo el ama apenas la nodriza estuvo fuera del alcance de su voz. —¿Has visto, no poderla sacar una palabra? Pues yo estoy segura que la carta es de él.

—Y yo tambien; no tengo duda , porque ahuecándola un poco he visto la firma.

—¿Y no la has abierto? ¡Qué tonta!

—No he tenido tiempo , porque lo hubiera observado mi padre , y ya sabe Vd. el génio que tiene.

—Pues por más que esta vieja proteja sus amores con la señorita , se lleva chasco ; mañana se casa.

—¡Ay! ¿Es de verás?...

—¡Lo que oyes! Acaba de decírmelo Andrea , y lo creo , porque su venida ha sido con objeto de avisar al señor cura que ha de unirlos mañana en santo lazo.

—¡Ah! ¡quiera Dios sea muy feliz! Yo no la quiero mal , sin embargo de que me ha robado la dicha.

—Desde luego , si no está por enmedio , se casa contigo.

—Sí ; llegué á tener alguna esperanza cuando hicimos las comedias en casa del alcalde ; por lo menos estuvo tan rendido , tan fino representando el papel de mi amante , que casi me llegó á ilusionar ; y desde entonces data esta pasion que no puedo dominar.

Mauricia , que hacia vivos esfuerzos por contener su emociion , rompió á llorar amargamente.

—¡Pobre niña!—esclamó el ama derramando una lágrima ; pues en medio de todo era compasiva.

—¡Cuán desgraciada soy , señora Leoncia! Y ni aun tengo el consuelo de llorar en el seno de una madre.

—¿Acaso no te ama la tuya?...

—¡Ay! Voy á depositar un secreto más en el pecho de usted : ¡ mis padres , no son mis padres!...

CAPITULO III.

Mauricia.

—¡Cómo! ¿qué dices? Explicate.

—¿Qué más explicaciones he de darla?

—¡Tus padres no son tus padres!...—murmuró el ama reflexionando.

Mauricia seguía llorando.

—Es decir, que el sacristan y su mujer...—continuó Leoncia.

—No son mis padres;—añadió la jóven completando el pensamiento de la vieja.

—¡Ya! Ahora lo comprendo; y entonces, ¿de quién eres hija?

—No lo sé.

Los ojos de Mauricia, nublados por el llanto, se alzaron al cielo con amarga espresion de indefinible tristeza.

Nuestros lectores desearán conocer á fondo el retrato de esta bella jóven que ha de hacer un papel interesante en nuestra historia; procuraremos satisfacerles, presentando algunos rasgos de su carácter y de la sencilla historia de su vida.

Su edad, nadie la sabia de cierto; representaba de diez y ocho á veinte años. Era de corta estatura, más bien gruesa que delgada; pero esbelta, airosa, y de ademan arrogante y altivo.

Tenia la tez blanca como la nieve, los cabellos y los ojos negros, la nariz fina y graciosa, la boca fresca, diminuta y sonrosada.

Educada en la sociedad, hubiera sido un modelo de elegancia y de cultura; mas resentíanse sus maneras y sus acciones en cierto modo, del descuido con que la habian dejado crecer los que hasta la época en que nos referimos pasaron por autores de sus dias.

Tenia talento y una imaginacion viva: habia leído y estudiado algo; aunque sin direccion ni concierto, devorando los libros que la llegaban á las manos, aunque fuesen diametralmente opuestos en doctrinas. De aquí provenia la confusion de ideas que se agolpaban á su mente, haciéndola muchas veces vacilar entre el bien y el mal, sin saber inclinarse á ningun partido; su falta de esperiencia y de criterio la ocasionaron muchos disgustos.

Su alma, esencialmente franca y expansiva, necesitaba comunicarse con alguien para no sufrir; encontró cierto compasivo cariño en el ama del cura, y la hizo su confidenta, sin advertir que la charlatanería y las vulgaridades de Leoncia no podian favorecerla, sino todo lo contrario, perjudicarla mucho.

Esta verdad llegó á comprenderla demasiado tarde por desgracia.

Una triste fatalidad habíala perseguido desde la cuna; queria amar á sus padres, y aunque hiciera de ello firme propósito, la era imposible cumplirlo, porque el carácter de estos, y la desdeñosa indiferencia con que la miraban, hacian imposible todo punto de simpatía.

El sacristan Pedro Gil era un misterio en la aldea,

nadie conocia su vida pasada, y tanto él como su mujer, tenian un génio áspero é intratable.

Hacia seis años que estaba en Valde Real. Su instalacion fué del modo siguiente:

Llegaron un dia de verano á la caida de la tarde. Iba Pedro Gil montado en un caballejo de escuálida y pobre figura, pero corredor como un galgo.

Lázara, su mujer, y Mauricia, que contaria entonces diez ó doce años, montaban un burro tuerto, de tan escasa valía como el caballo.

El equipaje de los viajeros consistia en una maleta vieja y unas alforjas llenas de ropa, colocadas en las ancas del jamelgo.

El traje de Pedro consistia en un sombrero de anchas alas, un chaqueton negro, cubierto con una blusa azul, y un ancho pantalon de paño negro.

El de las mujeres, era de indiana, colores fuertes, pañuelos de crespon encarnados ceñidos al talle, y delantales negros.

Para no caer del burro, iban las dos estrechamente abrazadas, prestándose mútuo apoyo.

Pedro Gil llevaba con mucho cuidado en la delantera de la silla un perrillo de lanas, único sér á quien prodigaba caricias y atenciones aquel hombre rudo y desabrido.

De este modo llegaron á casa del señor cura, rodeados de una caterva de chiquillos y mujeres ociosas, que en todas las aldeas insignificantes siguen con curiosidad al que se presenta por primera vez. Y mucho más á la estraña cabalgata que se ofrecia á sus ojos, llamándoles la atencion en alto grádo la horrible fealdad de Pedro y de Lázara, unido al contraste que formaba junto á ellos la hermosura de Mauricia.

Ambos esposos parecian cortados por un patron; altos, delgados, de cútis cetrino, diferenciándose única-

mente en que el de Pedro estaba cubierto de los hoyitos y manchas que dejan las viruelas. Lázara ocultaba su escasa cabellera bajo un pañuelo de seda verde, cuyo color contribuía á aumentar su fealdad, haciendo resaltar el moreno subido de su rostro.

—¡Jesus! ¡qué mujer tan fea, y qué niña tan guapa!... ¡Dios la bendiga!... —dijo uno de los curiosos, contemplando con admiración el peregrino rostro de Mauricia.

—¿Es hija de Vd., tía tuerta? —preguntó otro.

Se nos ha olvidado decir que Lázara había perdido en su juventud el ojo derecho.

—¿Y á Vd. qué le importa?... ¡insolente! ¿no tengo otro nombre?... ¡Vaya!... ¡el mocoso!... ¡tía tuerta!...

—¡Y qué sé yo cómo se llama Vd.... buena mujer!...

—¡Silencio! ¡habladora! —gritó Pedro apeándose de un salto.

—Ganas me dan de pegarle un puntapié á ese chiquelo para quitarle las ganas de llamarme otra vez tía tuerta.

—¡Huy! ¡já, já!... ¡qué rabia le ha dado!... Vaya con la mujer.... Pues tuerta, y retuerta....

—¡Infames!...

—¡La tuerta!... ¡La tuerta!... —gritaron á coro todos los chiquillos, corriendo en distintas direcciones por librarse del látigo que Lázara había enarbolado para descargarle sobre ellos.

Desde aquel día no la nombraron en la aldea de otro modo, siendo este el origen de su mote.

Pedro no la defendió de las burlas y chanzonetas de la multitud, porque había entrado á ver al señor cura.

Nadie supo lo que entre ellos pasaría; á la media hora de estar encerrados en la sala que ya conocen mis lectores, salió Pedro con el gesto más sombrío aún que de costumbre: llevaba una llave en la mano.

En la misma calle, y frente por frente de la del cura,

habia una casita pequeña y de pobre apariencia. Era la destinada al sacristan.

Allí se detuvo el matrimonio con su linda hija. La multitud los seguia : Pedro abrió la puerta, hizo entrar á Lázara y á Mauricia ; luego al jamelgo y al pollino ; despues , quitando con mucha calma la llave , la colocó por dentro ; entró , y dando un portazo , dejó á todos con la boca abierta ,

— ¡ Miren el tio Zancasvanas ! ¡ Con qué aire ha cerrado !... — dijo uno.

— ¡ Qué pocas palabras gasta ! — dijo otro.

— Será sin duda el sacristan que estaba esperando el señor cura.

— Tiene cara de renegado.

— Y ella de lechuza.

— Pues la niña parece una flor entre dos cardos.

— Imposible que sea hija suya.

— ¡ Quiá !... Si parecen dos gitanos ; la habrán robado en el camino.

En estas y otras murmuraciones se ocupaban las gentes de la aldea , en tanto que los viajeros se instalaban pacíficamente en su nuevo domicilio.

Aunque nunca habian visto en Valde Real al tio Pedro , él , sin embargo , recorrió toda la casa como si la conociese perfectamente , colocando cada cosa en su lugar.

Para la buena inteligencia de los acontecimientos que han de tener lugar en ella , haremos su descripcion , que nuestros amables lectores tendrán presente para cuando llegue el caso.

Ya hemos dicho que la puerta principal está frente á la casa del señor cura , y ambas en la calle más notable de la reducida aldea.

Atravesando el umbral , se encuentra una pieza grande , portal , segun le llaman en los pueblos ; á la derecha hay una sala con una alcoba que ocupa el matrimonio ; tiene

reja á la calle. A la izquierda una cocina, con ventana á un patio; en este, que se halla rodeado y casi cubierto de parras, hay una salita que permanece siempre cerrada, y en la cual penetraremos despues, puesto que nosotros, deseosos de investigarlo todo, no respetamos misterio ninguno.

Sigamos con el patio: tiene á la izquierda una puerta que comunica con las cuadras y con una estensa corraliza, cuyos límites están en el campo, sin que por aquel lado la incomoden la proximidad de ningun vecino. Volviendo al patio, en un extremo y debajo de una parra, se vé una puertecilla, baja, de pobre apariencia; abierta descubre una escalerilla, por la que se baja, segun dicen los sacristanes, á la cueva: empero, á nuestra doble penetracion no debe ocultarse que en ella se encierra un gran misterio, puesto que el tio Pedro Gil acostumbra muchas noches á desaparecer por allí, volviendo al amanecer, ó algunas veces tarda dos ó tres dias, y suele regresar acompañado de varios personajes sospechosos.

Seis años hacia que vivian en la casa, la vispera precisamente del dia en que hemos visto á Mauricia en casa del cura, cuando aquel desapareció, segun costumbre, por la sospechosa cueva, y regresó al amanecer, conduciendo en sus nervudos brazos á una señora, al parecer dormida ó desmayada.

A un silbido imperceptible del tio Pedro, se presentó su mujer con una llave en la mano. Abrió la sala misteriosa, colocaron entre los dos á la señora en una cama, y volvieron á salir, dirijiéndose el uno á la cueva y la otra á las habitaciones interiores.

No concluiremos sin que nuestros lectores conozcan la habitacion de Mauricia; tiene la entrada por el portal: es una pieza grande con dos ventanas al patio. Los únicos muebles que la adornan, son una mesa, donde hay recado de escribir, varios libros, una cestita con la labor

y algunos bordados, un confidente, media docena de sillas, otra mesa con un espejo encima, que sirve de tocador, un estante con libros y dos cuadros de escaso mérito, que representan el uno la Magdalena arrepentida á los piés del Señor, y el otro la Oracion del Huerto.

Lo único de notable que aquí advertimos, es que el rostro de la Magdalena y el de Mauricia tienen una semejanza tan perfecta, que cualquiera los juzgaria el original y el retrato.

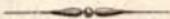
Otra cosa tambien debemos tener en cuenta. El dormitorio de la jóven, situado en el testero principal de la sala, tiene una ventana con reja que cae al campo. A ella acude diariamente la pobre niña á respirar el aire libre y á entregarse á sus dolorosas meditaciones. Seis años ha pasado en esta habitacion, sin comunicarse apenas con los que juzga autores de sus dias, que por su parte la dejan completa libertad. Siempre triste, siempre solitaria, sin expansiones ni afectos, y llena su imaginacion de romancescas ideas. La única época en que disfrutó algunos dias de placer, fué un Carnaval, que representaron comedias en casa del alcalde, ejecutando ella y César los principales papeles; más este leve placer fué amargado por infinitos sinsabores, porque allí su corazon ardiente y apasionado no pudo resistir el atractivo del espósito del castillo (como llamaban á César), sintiendo por él una pasion vehemente y profunda que la hacia desgraciada.

La tia tuerta y Pedro Gil guardaron con ella una reserva absoluta, no habiendo llegado jamás á sospechar las entradas y salidas de este, ni la secreta comunicacion de la cueva. Tampoco habia entrado nunca en la sala misteriosa, creyendo buenamente, segun la dijeron, que el dueño de la casa encerraba algunos objetos en aquella habitacion, guardando por este motivo la llave.

Ahora, si nuestros lectores lo permiten, atenderemos á la conversacion de Mauricia con Leoncia, que hemos dejado pendiente, puesto que ella nos dará alguna luz sobre los sucesos que han de tener lugar en nuestra novela, para lo cual, dando por terminado este capítulo, comenzaremos el siguiente.

CAPÍTULO IV.

Continúa.



CAPITULO IV.

Confidencias.

Leoncia habia preguntado á la jóven: «¿pues de quién eres hija?» y esta, con triste abatimiento, contestó: «no lo sé.»

Luego, despues de haber desahogado su pecho con un profundo suspiro, se enjugó las lágrimas, sentáronse, y dijo:

—Sabe Vd. que en los seis años que llevamos en este pueblo, no he tenido más amiga que Matilde y usted, señora Leoncia. Nadie aquí me ha distinguido, nadie me ha mirado con interés ni cariño, compadeciéndose de mis amargas penas; solo en Vds. encontré simpatía y afecto.

La diferente posicion que ocupa la señorita de Valde Real y la distancia que por esta causa nos separa, ha hecho que la mire con entrañable amor siempre, pero con respeto tambien.

Así es, que ignora la profundidad de mis penas, habiendo sido Vd. la única y esclusiva depositaria de mis secretos,

—Pocos son los que hasta hoy me has confiado; solamente tu amor á César, y el desprecio ó más bien insultante desvío con que te han mirado tus padres.

—Es verdad; pero ahora voy á fiar á su discrecion otros dos, no menos interesantes.

—Veamos; lo que me importa sobre todo, es saber cómo has descubierto que el tío Pedro Gil no es tu padre.

—Muy sencillo: yo acostumbro á levantarme con la aurora; me pongo á trabajar y no salgo de mi cuarto hasta muy entrado el dia. Anoche, antes de acostarme, me dió mi madre un gran cesto de ropa para repararla; entre ella habia un chaqueton de mi padre, para guarnecerle de cinta y botonadura.

Desde luego resolví dar principio á mi matutino trabajo por aquella prenda, por lo cual, apenas me levanté cuando ya estaba sentada en mi salita cerca de la ventana que cae al patio.

Examiné los bolsillos del chaqueton con ánimo de coserlos; y encontrando en ellos una carta abierta, notando con sorpresa que el sello con que habia estado cerrada ostentaba dos iniciales y una corona de conde, no pude resistir mi curiosidad y la leí. Eran cuatro renglones que se grabaron en mi imaginacion de una manera indeleble.

—¿Y de quién era?—preguntó el ama.

—Decia así: «Querido Pedro: Te aguardo esta noche donde sabes; he creído que nadie mejor que tú puede llevar á cabo la empresa que voy á confiarte; no vacilarás, pues en ello estriba la dicha de...»

»En cuanto á Mauricia, deshazte de ella cuando quieras; conozco que no ligándote á ella ningun lazo de parentesco ni de cariño, y siendo para todos más bien un objeto de ódio, te será insoportable su presencia.

»Sobre todo, que no advierta la estancia en tu casa

de Efigenia; la exaltacion del carácter de ambas pudieran ser funestas.

• Adios, tuyo de corazon

A. »

Leer esta carta y apoderarse de mí un temblor convulsivo, fué obra de un momento; sin embargo, poseida de un valor sobrenatural y resuelta á pedir la explicacion de aquel misterio, me fui al cuarto de mis padres.

No estaban: hallé la cama intacta, como si no se hubieran acostado; los busqué en toda la casa inútilmente. Esto me salvó; pues más sosegada despues, reflexioné que hacer frente á un hombre tan brusco y arrebatado cuando deseaba *deshacerse de mí*, era apresurar mi sentencia.

Entonces volví á mi cuarto, puse la carta donde estaba, y dejé el chaqueton como si no le hubiera visto. Pero mi cabeza era un volcan; necesitaba respirar el aire libre; que el ambiente de la mañana refrescara mis sienas.

Me diriji á la puerta de la calle, y ¡cuál sería mi asombro al verla cerrada por dentro con cerrojo y llave! Me dije á mí misma:

— Por esta puerta no han salido; no los encuentro en toda la casa; luego, ¿dónde están? Abismada en estas reflexiones, llegué maquinalmente al patio, en el cual, como Vd. sabe, hay una habitación que yo no he visto nunca abierta en los seis años que llevamos en la aldea.

Sin embargo, como uno de mis mayores defectos es la curiosidad, he aplicado el ojo varias veces al hueco de la cerradura, notando con sorpresa que está amueblada con magnificencia, porque se ven alfombras, colgaduras, marcos dorados, y al frente una cama elegantísima, por lo cual la he designado siempre con el nombre de la sala misteriosa.

La casualidad me llevó esta mañana debajo de aquella

puerta; me senté en el poyo que forma el ingreso, y profundamente pensativa, puse los codos en las rodillas, apoyando la cara en mis manos. Un ligero grito que oí á mi espalda, me sacó de mi enajenacion. Levantéme con viveza, y mirando por la cerradura, ví á los que he creído siempre mis padres, dentro de la habitacion, y sujetando cada uno por su lado á una señora, que pálida y angustiada pugnaba por desasirse de sus brazos.

Ignoro lo que querian hacer con ella; solo ví que al cabo de un rato se quedó la señora como aletargada; la pusieron en la cama, corrieron las colgaduras, sentóse Pedro Gil á la cabecera, y mi madre se dirigió á la puerta. Yo eché á correr á encerrarme en mi cuarto. Apenas habia cerrado, cuando la sentí llamarme con furia.

—¡Perezosa! ¡holgazana!... ¡Todavía no te has levantado?...—gritaba con ira.

Me quité el vestido y salí á abrir soñolienta, finjiendo sobresalto y como si acabára de salir de la cama.

Las primeras miradas de Lázara fueron al cesto de la costura.

—¿Has cosido el chaqueton?—me preguntó.

—No he tocado al cesto todavía...—murmuré en voz trémula y sobrecojida por las mil impresiones que produjo en mi alma la malhadada carta y el posterior descubrimiento de aquella señora en la sala misteriosa, á la cual no vacilé desde luego en llamar Efigenia, juzgando fuese ella la que anunciaban á Pedro en las fatales líneas que yo habia leído.

—¡Tráele! ¡tú siempre has de ser holgazana!—me dijo Lázara asiendo con precipitacion y con finjida cólera el chaqueton. Al marcharse, ví que con disimulo buscó en el bolsillo el papel, que afortunadamente puse en su sitio momentos antes.

Me asomé á la ventana á ver si se dirijia á la sala

misteriosa, lo cual no hizo; se fué á la puerta de la calle, abrió, y á poco se presentó el chico con la balija de la correspondencia.

—¡Ya está aquí el correo!...—dijo; yo escuchaba desde la puerta de mi cuarto. Luego gritó:—Mauricia, ven...—acudí en seguida.—Abre la balija y coloca esas cartas en su órden.

Mientras la obedecía se fué hácia el patio, sin duda á llamar á mi padre, ó más bien á Pedro Gil, puesto que no lo es. Apareció este en seguida, y tomando toda la correspondencia, separó la dirigida al castillo. Durante el tiempo que tardó en esta operacion, vimos entrar aquí á la señora Andrea.

—Toma,—me dijo entregándomelas;—lleva á la nodriza de Matilde estas cartas; llega á tiempo de evitarme un viaje.

Lo demás ya lo sabe Vd.; he venido, y al propio tiempo Pedro Gil, cumpliendo su cargo de cartero, se ha ido á repartir. ¿Pero qué tiene Vd., señora Leoncia? ¡Se ha quedado Vd. pensativa!...

—¡Ay! ¡hija, si lo que me cuentas es maravilloso!... Me has dejado absorta. ¡Tantos misterios en ese hombre... secretos tan asombrosos!... ¡Dios mio! ¡qué horror!... Acaso sea un gran criminal... ¡y yo que estoy en contacto con él todos los dias!... Hija mia: no puedo menos de estremecerme y temblar por tu vida...

—¡Tambien yo, señora Leoncia!... Por eso le pido á usted consejo y amparo...

Mauricia se arrojó á los brazos del ama rompiendo en copioso llanto.

—¡No te aflijas, hija mia!... Vamos á dar parte al alcalde...

—¡Nunca! eso no; si Pedro llega á saber que he revelado sus secretos, me mata sin compasion, y yo no tengo pruebas para decir que no es mi padre.

—¡Pues no puedo callar esto!... ¡Es un cargo de conciencia!...

—¡Ah! ¡Por Dios, no me pierda Vd.!

—¡Imposible, hija!... ¡imposible!... Es necesario salvar á esa desgraciada señora, á la que quizá asesinen mañana, y aun á tí misma...

—¡Por compasion, señora!... ¡guarde Vd. mi secreto!... Siquiera hasta que yo adquiera pruebas de su culpabilidad.

—¿No es bastante prueba el encierro de esa señora?

—¿Y qué sabemos en qué sentido estará, si voluntariamente ó detenida por fuerza?...

—Eso le corresponde averiguarlo al alcalde.

—¡Oh, señora!... El alcalde es un hombre inepto, que ni aun firmar sabe, y aquí necesitamos una persona de ilustracion y de esperiencia que nos ilumine y aconseje.

Al decir esto Mauricia, se presentó el señor cura en el patio: apenas le vió, exclamó con viveza:

—¡El señor cura viene!... ¡Dios le envia en nuestro auxilio!... ¡Vamos á confiarnos á él!

—Tienes razon, —contestó el ama;—se lo contaremos todo mientras le sirvo el chocolate.

Leoncia puso en una bandeja una jicara de chocolate, un vaso de agua, unas rebanadas de pan tostado al fuego y una servilleta, blanca como la nieve y primorosamente doblada.

Encamináronse las dos á la salita, donde ya el venerable y afabilísimo sacerdote se habia sentado en su sillón de roble.

—¿Qué traes, Leoncia? ¿Ignoras que hoy es día de ayuno para mí?

—Entonces todos lo son. ¡Válgame Dios, señor! ¡Tantas abstinencias concluirán por arruinar la salud de Vd., y no sé á qué viene!...

— ¡Chist!... El esceso de tu celo estravía tu lengua; sabes que no te permito censurar mis actos.

El tono algó severo con que pronunció el anciano estas palabras, hicieron sonrojar algun tanto á Leoncia. Sin embargo, se repuso pronto; y dirijiéndose á Mauricia, que medio desfallecida habia caido en una silla, exclamó:

— ¡Mira, tómalo tú, pobrecilla, que bien lo necesitas! ¡Ay, señor cura! ¡Si supiera Vd. qué cosas tan atroces!

— ¡Ah! No, mil gracias;—repuso la jóven rechazando con suavidad el plato que la presentaba el ama.

— ¡Tómalo, hija mia, te lo ruego! — la dijo el señor cura mirándola con atencion y previendo alguna cosa funesta por su angustiada palidez y por las exclamaciones de Leoncia.

— ¡Mil gracias, lo agradezco infinito! La agitacion de mi alma no me permite tomar nada.

El ama, que era pesada hasta la saciedad, porfiaba con vivas instancias.

— ¡Me haria daño, señora! — exclamó Mauricia disgustada por aquella tenacidad.

— Vamos, llévatelo, Leoncia, — interpuso el sacerdote; — los obsequios se imponen por voluntad, no por fuerza.

— Yo lo agradezco muchísimo; pero está mi alma tan agitada, que cualquier alimento me perjudicaria; — se apresuró á decir la aflijida jóven, deseando calmar el gesto de enojo que apareció en la fisonomía de la indiscreta Leoncia.

— Y bien, hija mia: ¿te ocurre alguna afliccion... alguna desgracia que yo pueda calmar ó remediar?

— Sí, señor; una muy grande, y vengo á ponerme bajo su amparo.

— ¿Y quieres que te oiga como amigo ó como sacerdote?

— El secreto que voy á confiar á Vd. exige el silencio,

y si antes hubiera sido, le diría que me oyese en confesion, pero ya lo he revelado á Leoncia.

—¡Imprudente!.... Ningun secreto grave debe revelarse á organizaciones tan frágiles y ligeras como la de Leoncia. Pero en fin, hija mia, sigue, que yo pondré trabas á su charlatanería inusitada.

—La he juzgado siempre una buena mujer... y el cariño que me profesa.....

—Eso sí: excelente criatura... honrada; pero de carácter tan débil, que la subyugan casi con facilidad las impresiones del momento, dejándose llevar con frecuencia de su inmoderado deseo de hablar.

—Ya viene;—murmuró Leoncia.

—¿Pero ha visto Vd., señor cura?... ¡Qué cosas tan horribles, tan misteriosas!... Es preciso que le prendan...

—¿A quién han de prender, qué dice? Vamos, hija mia... habla, habla.

—¡Todavía no se lo han dicho!... ¡Vaya una calma!... cuando quisiera yo que lo supiera todo el mundo, y ver á ese pícaro colgado en el palo.

—Leoncia: vete á cuidar las palomas, y deja que Mauricia se esplique.

—Yo vengo para ver si se toma una determinacion.

—Lo que tú tienes que hacer es guardar el más inviolable secreto de todo cuanto esta jóven acaba de confiarte.

—¡Secreto! ¡Buenas cosas son para calladas!... ¡Bien se conoce que no las sabe Vd. todavía!

—¡Bachillera! He dicho que calles y salgas de aquí. ¡Pronto!

El tono con que el señor cura pronunció estas palabras hicieron obedecer al ama.

Mauricia, entonces, contó detalladamente al señor cura cuanto la hemos oido referir. Apenas concluyó su relato, cuando se presentó Pedro Gil en la estancia.

—Despídete del señor cura, Mauricia, que nos vamos, — dijo Pedro.

—¿A dónde? — murmuró aterrada.

—A Madrid, á que conozcas á tus tíos, que me han escrito que te lleve.

— ¡Dios mio!...

—¿A qué viene esa exclamacion?—preguntó el sacristan alarmado.

—Yo os lo explicaré; — dijo el anciano anticipándose por sacar de apuros á la jóven, y disipar la sospecha que hubiera podido concebir Pedro. —Acaba Mauricia de hacerme una promesa, y el intempestivo viaje que la viene usted anunciando, la imposibilita de cumplirla; hé aquí la causa de su exclamacion.

—Justamente; — murmuró la jóven recobrando su presencia de espíritu con la tranquilizadora mirada del cura.

—¿Y qué promesa es? Si me es posible, no me opondré á que la cumpla.

—Muy sencilla; la de pasar unos dias en el castillo al lado de Matilde hasta que esta se case.

—¿Lo ha solicitado la señorita?

—Sí, con vivo anhelo: ayer me suplicó alcanzase el permiso de Vd., y casi la prometí conseguirlo, no esperando quedar desairado con una negativa por parte de Vd.

—Eso no; que vaya cuando guste: dejaremos el viaje para otro dia.

—En este momento nos vamos.

A poco se dirijian al castillo y Pedro á su casa.

CAPÍTULO V.

La faccion.

PARA que nuestros lectores comprendan perfectamente los acontecimientos que vamos á referirles, es preciso que tengan conocimiento del estado de España en la época á que me refiero.

Era en abril de 1834. La guerra civil, ese anatema formidable y desolador, cundia, haciendo rápidos y destructores progresos en nuestra noble y desventurada pátria.

Con las denominaciones de Cristinos y Carlistas se hacian la más cruda guerra dos partidos, defendiendo unos á Carlos V, otros á Isabel II.

La insurreccion de los vasco-navarros acrecentóse con el vigor de D. Tomás Zumalacárregui, que con sus batallones hacia frente á las tropas de la Reina.

Don Carlos estaba refugiado en Portugal, y en las Castillas vagaban las nacientes hordas de Merino, Balmaseda y Cuevillas. Infestaban el antiguo Principado los bandidos Tristani, Plandolit y sus secuaces; Carnicer, Quilez y Tallada ejercian su vandalismo en Aragon y

Valencia. Todas las provincias de España estaban invadidas por la faccion, germinando á la sombra de los carlistas y bajo el pendon de un partido político, toda clase de malhechores, que á mansalva ejercian sus actos de barbárie, cometiendo todo género de infamias é iniquidades, y hollando, en una palabra, todos los respetos humanos.

A favor de tan calamitosas circunstancias fermentaban en los pueblos grandes las pasiones políticas; y en los pequeños, las banderías de familia, las venganzas, los ódios eran satisfechos con brutal exacerbacion, siendo á veces arrebatados los indefensos niños y las jóvenes adultas del seno de sus madres para conducirlos á las entrañas de los montes, exijiendo por sus rescates crecidísimas sumas, que las infelices familias se veian á veces en la imposibilidad de poder satisfacer.

En las llanuras de la Mancha pululaban los asesinos del Locho y de Palillos; y recorrían otros mil y mil cabecillas la Alcárria y la Serranía, donde se hallaba situada la pobre aldea en que pasan los sucesos que vamos á referir.

El nombre del Solitario alarmaba en alto grado á los pacíficos vecinos de Valde Real: le habian oido sonar muchas veces en sus oidos; pero no llegó el caso de que los visitase al frente de su partida. Sin embargo, á fuerza de sus hazañas por todas partes, de saber su aproximacion, se acostumbraron á vivir con cierto temor, y á esperar la muerte á mano armada ó la pérdida de sus frutos y sus riquezas.

Recojíanse con el sol á sus hogares, exentos de tranquilidad, pues imaginábanse á cada paso en un inminente riesgo, figurándose ser presa de las llamas, del robo ó de la violencia.

Tampoco tenian confianza para espontanearse con sus amigos y vecinos: érales preciso ocultar sus opiniones;

porque una palabra , dicha sencillamente , era causa muchas veces de que perdieran la vida. ; Y cuántos en nuestras aldeas creían hablar con amigos , y luego eran agentes de la faccion que desempeñaban el doble papel de espías y denunciadores , al paso que suministraban á los cabecillas noticias y antecedentes que les eran necesarios para llevar á cabo sus actos de vandalismo!

A estos últimos pertenecía Pedro Gil. No importa que nuestros lectores sepan un poco anticipadamente lo que han de saber despues. Por esto comprenderán sus nocturnas entradas y salidas por la cueva , que por medio de una escavacion subterránea , tenia salida al monte.

Por ahora , dejándole dirijirse á su casa cabizbajo y pensativo , volvamos á escuchar la conversacion del anciano párroco de Valde Real y de Mauricia.

—No perdamos tiempo , hija mia ; deseo cuanto antes ponerte bajo la proteccion del conde.

—¿Y vá Vd. á confiar el horrible secreto de que acabo de hacerle depositario á otra persona más?

—Tú nada temas ; sigue en todo mis instrucciones , y abriga la seguridad de que no comprometeré en modo alguno , ni tu tranquilidad , ni tu vida.

—Pero yo no quisiera volver otra vez á poder de ese hombre.

—Eso no puedo prometerte ; pero si vuelves , estarás segura en su casa.

Por el relato de Mauricia , comprendió el sacerdote que Pedro Gil era un gran criminal , comprometido en mil diabólicas tramas ; y afirmóse más en esta idea , porque nunca le vió llegarse al Tribunal de la Penitencia : cumplia con exácta uniformidad sus obligaciones de sacristan , alguacil y cartero , sin ser nunca demasiado oficioso ni descuidado tampoco.

Muchas veces habia pedido permiso para ausentarse por algunos dias del pueblo , prestando ir á otro inme-

diato, distante dos leguas de Valde Real, donde iba con objeto, segun decia, de cumplir sus deberes de cristiano con su confesor de siempre.

El cura, que no tenia motivos para sospechar, creíale de buena fé, concediéndole el permiso que demandaba.

Cuando seis años antes se presentó en su casa solicitando la plaza de sacristan, iba ya acompañado de su mujer, su hija y todo su ajuar, como en la seguridad de que habia de serle otorgado lo que pedia.

Efectivamente, una carta que presentó al anciano sacerdote fué suficiente para que este le pusiera sin más informes en posesion de su destino, al que desde tiempo inmemorial iban anejos en el pueblo el de cartero y alguacil.

Las palabras de Mauricia, unidas á otras anteriores sospechas, hicieron al cura estar sobre aviso, y al efecto, deseando cerciorarse más y más, tomó de entre sus papeles la precitada carta, la colocó en el bolsillo de su levita, y tomando los manteos y el sombrero de teja se dirijió hácia el castillo llevando á la jóven á su lado.

Antes de salir recomendó eficazmente á Leoncia el mayor secreto sobre lo que habia oido aquella mañana, encargándola la más estricta observacion sobre los sacristanes y su misteriosa casa.

Mientras llegan al castillo, adelantémonos, amigos lectores, á fin de que conozcais á la bella heroína de nuestra novela. Ya en el primer capítulo hice referencia á sus cualidades físicas y morales, debiendo añadir en éste solamente algun ligero detalle antes de presentar á vuestros ojos los inocentes secretos de su cándido corazon.

Esta graciosa niña poseía una naturaleza impresionable, sensible en alto grado, generosa y amante en demasia quizá, porque su carácter tímido, dulce é irresoluto la hacía infeliz, careciendo del valor necesario

para luchar en pró de sus sentimientos, defendiendo las más caras afecciones de su alma.

Para que fuese feliz era necesario imponerla la felicidad por fuerza, de otro modo, esclava siempre de su deber; no se aventuraba á aceptar espontáneamente aquello mismo que deseaba con más ardor.

El respeto que la inspiraban los autores de sus dias, era una especie de temor; pero temor terrible que la constituia en una esclava subyugada al despótico dominio de un tirano.

Educada por ese sistema antiguo, que antepone el respeto al amor y á la confianza, y que aún por desgracia vemos bastante arraigado, particularmente en las poblaciones pequeñas y entre cierta clase de personas, Matilde temia, más que amaba á su padre.

Desde la infancia habia el conde empleado con sus hijos la severidad y la dureza, desterrando de sus corazones la íntima y dulce confianza que debe reinar entre los jóvenes con los autores de sus dias. Perjudicialísimo error que no puede menos de acarrear grandes males, porque se priva á la inesperta juventud de ese apoyo legítimo, generoso y verdadero que solo puede hallarse en el corazón de un padre.

Pues bien: lejos la pobre niña de tener en sus padres unos amigos, solo tenia en ellos unos jueces inflexibles, obcecados, llenos de rancias preocupaciones y muy envanecidos con sus blasones y pergaminos. Así fué, que no hallando nunca donde esparcir su alma, concentró toda su expansiva confianza en su nodriza y en César, únicas personas que comprendieron su carácter, y amándolas con una ternura infinita, recojieron en sus senos el generoso manantial de sus inocentes y puras expansiones.

La mañana á que nos referimos, abandonó su lecho temprano, preguntó por Andrea, y habiendo sabido que

estaba en el pueblo por encargo de sus papás, bajó al jardín con ánimo de esperar su regreso.

La palidez de su semblante y el círculo morado que rodeaba sus ojos, dejaban comprender que había pasado en vela gran parte de la noche.

Triste y pensativa, envuelta en los profusos pliegues de su larga bata de mañana, con la negra y lustrosa cabellera graciosamente recojida en rizos, fué á sentarse en un banco de piedra, desde cuyo sitio se veía la senda que conducía á la aldea, y por la cual esperaba ver á su nodriza venir, proponiéndose preguntarla el objeto que la había llevado al pueblo.

Apenas se había sentado apareció al final de una calle de árboles un caballero jóven, buen mozo, elegante; pero de rostro sério y con una espresion marcadisima de un desden profundo que prevenia desde luego en contra suya. Se llamaba D. Amalarico y era el prometido esposo de Matilde.

Se acercó á la jóven en silencio; esta, en actitud pensativa, tenia la cara cubierta con las manos y no le vió llegar.

—¡Oh! ¿qué tiene Vd.?—esclamó él.

—¡Dios mio!—murmuró Matilde, sorprendida y levantándose vivamente. Al separar las manos, cayeron de sus ojos dos gruesas lágrimas.

Advirtiéndolo Amalarico la dijo:

—¿Llora Vd., cuando el momento de nuestra dicha se acerca?... ¿cuando antes de veinticuatro horas vamos á ser felices?...

—¡Oh! ¡tan pronto!... ¿Está resuelto?... ¡Con que al fin se han decidido!...

—Porque se haga el casamiento mañana al amanecer.

—¡Triste de mí!...—esclamó Matilde palideciendo y en una voz tan baja, que Amalarico no pudo comprender el sentido de aquellas palabras.

—¿No se alegra Vd. por esa resolución? Yo creí que colmaba su felicidad como colma la mía, repuso con seriedad viendo que los ojos de su prometida volvieron á inundarse de lágrimas.

—Sí, ¡es verdad!... ¡Lloro no sé por qué!... ¡perdonadme!...—balbuceó la desgraciada.

Su rostro, su profundo disgusto demostraban cuán odioso la era aquel enlace que habia de labrar la infelicidad de toda su vida; y sin fuerzas para rechazarle, gemia dolorosamente haciendo que su lábio pronunciase mentidas frases que no dictaba el corazón.

Demasiado lo conocia Amalarico, hombre sagaz y versado en la escuela del gran mundo. Comprendió la aversion que inspiraba, y con todo apresuró el casamiento porque convenia á sus fines particulares unirse á la antigua familia de Valde Real.

Amalarico era hijo único de un opulento banquero, y pasaba en Madrid por un calavera sin corazón, lleno de vicios y abrigando sobre todo el innoble del juego, al que perdiendo continuamente enormes sumas, habia casi arruinado á su padre.

Tenia varias posesiones en el término de Valde Real, y habiendo una vez ido de caza, conoció al padre de Matilde, trabó amistad con él, y desde entonces frecuentando la aldea empezaron las relaciones con Matilde, á las cuales esta prestó más bien que su asentimiento una obediencia pasiva.

Con la severidad de siempre impusiéronla sus padres aquel amor, manifestándola la conveniencia de un enlace que la proporcionaria no solo una fortuna sino tambien una posicion elevada y respetable en la aristocracia.

Su timidez, su respeto, el miedo mejor dicho que tenia á sus padres, la hicieron enmudecer ante semejante proposicion, que la dejó aterrada, sintiendo en el corazón un dolor agudísimo.

Medio trastornada fué á ocultar en su cuarto aquel dolor tan grave, y recordando toda la triste historia de su vida, se creyó más bien culpable que desgraciada. La infeliz se reprochaba como un crimen su amor á César; en esta creencia aceptó como una expiacion el tormento que como un castigo á su falta la impusieron los autores de sus dias, ultrajados por ella en su legítimo orgullo.

CAPITULO VI.

Los condes de Guayaquil.

A fin de que nuestros lectores puedan comprender con claridad los sucesos que vamos narrando, nos es preciso retroceder algunos años presentando á su vista los acontecimientos y la historia de cada uno de los personajes de nuestra novela.

Al efecto, dejando á Matilde devorar en silencio el disgusto que le ocasionaba su prometido, trasladémonos á Madrid penetrando desde luego en casa del rico banquero americano D. Patricio de la Estrella, conde de Guayaquil.

Era á principios del presente siglo, despues de haber estallado la sangrienta insurreccion del 2 de mayo.

Un dia de otoño, hallábase Efigenia, la jóven esposa del conde, sumamente aflijida. Estaba en su tocador concluyendo de vestirse, cuando un criado se presentó anunciándola que el almuerzo aguardaba.

—¿Ha venido el conde?—le preguntó ella.

—No, señora;—contestó el criado, inclinándose para salir.

—Oye, Pedro, acércate ;—le dijo, deteniéndole y despidiendo á la doncella con un ademán.

El criado se acercó.

—Te llamas Pedro Gil, ¿no es verdad?—le preguntó.

—Sí, señora condesa.

—Estás casado, según creo... y tendrás hijos...

—Sí, señora condesa ; hace un año que me casé, y mi mujer se halla en cinta desde hace cuatro ó cinco meses.

—Bien ; tú sin duda querrás la felicidad de tu esposa, de tu hijo... quisieras vivir con ellos...

—Es mi mayor deseo ; ahora ella vive con su padre, que es el sacristan de un pueblecito inmediato á Valde-Real , y yo en la córte , hasta que pueda ganar lo suficiente para establecernos por nuestra cuenta.

—Pues mira: yo prometo hacer tu fortuna, protejerte en todo, si me sirves con lealtad en el asunto que voy á confiarte.

—¡Ah! Señora; crea V. E. que no tendrá queja de mí; puede disponer de mi pobre persona con entera confianza en la seguridad de que la serviré como el esclavo más fiel y más sumiso.

—Sí, lo creo; me pareces muy bueno... ¿Y llevas mucho tiempo en la casa?

—Cerca de un año hace que me recibió el señor en clase de ayuda de cámara.

—Y en este tiempo, ¿no has observado la conducta desarreglada de tu amo, su estraño desden para conmigo?...

—¡Señora!...—murmuró Pedro.

—Nada de vacilaciones ; quiero que me hables con entera franqueza, del mismo modo que yo lo haré. No se me oculta que mi esposo pasa las noches fuera de casa, apenas se cuida de los negocios, nunca me distingue con la más pequeña atención, y rara vez se digna acompañarme á la mesa ; ¿no es verdad?

—Aunque sea cierto, es doloroso agravar la pena de V. E. confesándolo.

—Mi pena es ya tan honda, tan profunda, que no admite aumento; sé que he perdido el amor de mi esposo, pero ignoro la causa; quizá alguna mujer me roba su corazón y sus caricias: hé aquí lo que pretendo averiguar, y el servicio que exijo de tí. ¿Estás pronto á emplear todos los recursos de tu imaginacion hasta descubrir su secreto?

—Haré por V. E. toda clase de sacrificios.

—Bien; no perdones medio; sígueme á donde vaya, pregunta, averigua; dime el nombre de esa rival aborrecida, y cuenta con mi protección y con una fuerte recompensa.

La condesa, despues de este paso, se sintió más tranquila; salió al comedor, donde almorzó sola, retirándose luego á su cuarto, esperando con impaciencia el resultado del continuo espionaje á que habia sometido al conde.

La condesa era una bellissima jóven: no muy alta, pero esbelta y graciosa. De tez blanca, ojos y cabellos oscuros, sonrosado color y diminuta boca. Vestia con elegancia; y sus hábitos y maneras la hacían conocer como á una distinguida dama del gran mundo.

Cuando se casó con el conde era huérfana: hija de una familia elevada, si bien tan pobre que apenas pudieron reunirla un dote escasísimo.

Seis años llevaba de matrimonio: los cinco primeros fué muy feliz; el sexto empezó á gustar las amarguras de esa estóica indiferencia que domina á los maridos cuando de amantes pretenden trasformarse en buenos amigos.

¡Hastío cruel, que para la mujer que, como ellos, no ha dejado de amar, es una tortura insoportable! Poco á poco van privándola de las caricias, de las atenciones,

de los tiernos cuidados; y por último, prefiriendo la compañía de los amigos á la suya, la dejan una noche tras otra sola con su dolor, con su martirio, y á veces luchando con los mil y mil encontrados pensamientos que bullen en su mente, producidos por la conducta y por la fria indiferencia del esposo convertido en amigo.

Sin embargo, esa luna de miel, que suele durar en los matrimonios generalmente un año, se prolongó para Efigenia en cinco, que cruzaron dichosos y rápidos en demasía, llevando en pos de sí el eterno luto de aquella pobre alma dolorida.

Un año hacía que el conde empezó á salir solo, haciendo varias escursiones al campo y faltando de casa muchas noches. Efigenia, que le amaba con delirio, en cuyo inocente corazón ardía siempre inestinguible y pura la llama del primer amor, no pudo sufrir aquel desden sin quejarse, llorar, suplicar, hacerle toda suerte de recriminaciones; pero en vano: para el hombre que ha dejado de amar, las lágrimas y los ruegos son otros tantos motivos de disgusto.

Así le sucedió á D. Patricio de la Estrella: dotado de un carácter inconsecuente y frívolo, le bastaron cinco años para satisfacerse ámpliamente de un cariño que juzgó al casarse inestinguible quizá.

Luego no tenían hijos, esos hermosos ángeles que, con los lazos de su amor, unen los corazones de sus padres, dulcificando los sentimientos ágríos, cortando todas las cuestiones y estableciendo en el seno conyugal la bienhadada concordia y la tranquila paz.

Este era un mal irremediable; porque el conde, último vástago y único que quedaba de su noble familia, había soñado desde su juventud con tener un heredero de su nombre. Quizá esta idea le obligó á casarse cuando él ni siquiera lo pensaba; y al salir fallido su cálculo, destruidas sus esperanzas, júzguese cuál sería su desesperacion

y su dolor, acaso causa primordial de aquel desvío que llegó á inspirarle su pobre mujer.

Abandonó su casa, sus negocios, el cuidado de sus intereses, y se dedicó con desenfrenado ardor á toda clase de diversiones, procurando aturdirse en el inmenso golfo de la sociedad madrileña; también llegó á cansarle este género de vida, en el que no encontraba aquellos gozes purísimos que ambicionaba su alma, los que proporcionan los hijos, la familia, el hogar doméstico.

Su mujer había llegado á ser para él una esclava sumisa, ó mejor dicho, una alhaja preciosa que se conserva con gusto, pero con cuya posesion hemos llegado á mirarla con indiferencia. Indiferencia que nace de su esterilidad, de la convicción que adquirimos de que no ha de valer más de lo que vale.

Efigenia, adornada con la santa aureola de la maternidad, hubiera recobrado su imperio en el corazón de su esposo; pero infecunda, sin más auxilio que su ternura y sus lágrimas, tenía por precisión que irle perdiendo más y más.

En este apuro apeló al recurso que hemos visto, le rodeó de un espía constante; ¿y qué adelantó? Nada. Supo, y aun lo vió ella misma, que se iba á un café, donde solo, triste y aburrido, pasaba largas horas en esa especie de soñoliento letargo que produce el uso immoderado de licores.

No encontró la rival que se imaginaba; su esposo solia pasar las noches en el café, ó en las casas de juego derrochando el dinero sin el menor duelo, y contestando cuando le preguntaban la causa de aquella prodigalidad:

—¡Pchist! ¿Para qué lo quiero?... ¡No tengo hijos y mi título pasará á un extraño cuando yo muera!...

Estas palabras, que le fueron transmitidas á Efigenia por Pedro Gil, la hicieron comprender su desventura y

la causa de aquel disgusto funesto que amargaba los días de su esposo.

Una mañana, contra su costumbre, el conde entró en el tocador de su esposa. Esta, sorprendida, dejó brillar en su rostro una ráfaga de felicidad.

—¡Oh, amigo mio!—esclamó.—¡Cuán dichosa soy en verte por aquí!

—Vengo á darte un adios de despedida.

—¿Te marchas?...—esclamó la condesa palideciendo.

—Sí; voy á viajar por espacio de algun tiempo.

—¡Y me dejas!...

—Sí, querida mia; es preciso: nuestras provincias están todavía en continua alarma y sería peligroso para una señora el esponerse.

—¡Yo por ir contigo daria con gusto la vida!...—murmuró ella con sentido acento enjugándose una lágrima.

—¡Ya empiezan los lloriqueos!... ¡Qué fastidio!... ¡Si lo sé no me despido!—dijo el conde con impaciencia.

La condesa, que estaba ya profundamente lastimada en su amor propio, enjugó sus lágrimas, y le preguntó con dignidad:

—¿Y volverás pronto?...

—Voy por tiempo indefinido...

—¿Es decir, que resuelves nuestra separacion?...

—¡No, hija! ¿Quién habla de separarse?

—Lo comprendo así; porque conozco que á causa de mi esterilidad he perdido tu cariño.

—¡Qué necedades!...

—¿Lo niegas?

—Es claro: no tengo motivo para otra cosa.

—¿Y si cuando estuvieras lejos de aquí yo te anunciase que ibas á ser padre, volverias?

—¡Oh! ¡ya lo creo, vendria á abrazar á mi hijo si posible fuera con el vuelo de un águila; pero ese bello sueño no se realizará!

—¡ Quién sabe !...

—¡ Oh ! ¡ qué dices !... ¿ tienes alguna esperanza ?... —
esclamó él con arrebató. —¡ Oh !... dímelo pronto... mas
que no sea un engaño mentido... no me hagas ver la luz
para dejarme luego á oscuras... Si fuera cierto, no me
marcharia, y me tendrías á tus piés dia y noche ado-
rándote y bendiciendo mi fortuna.

—¡ No me hagas caso !... ¡ parte á tu viaje !... ¡ estoy
loca !...

—¿ Tienes esperanzas ?...

—¡ Quién vive sin ellas !... Lo que me falta es una di-
chosa realidad.

—Bien ; pues si tu sospecha se confirma , llámame , y
verás tornar á sus hogares, no al marido adusto y hastia-
do de la vida, sino al padre amante que vuelve lleno de
júbilo á estrechar contra su corazon al hijo y á la madre.

Efigenia bajó la cabeza con la espresion de un pro-
fundo dolor ; su marido abrazándola cariñosamente partió
con direccion á Cádiz en la silla de postas que ya le
aguardaba en la calle.

CAPITULO VII.

Sacrificio.

Ya se iba perdiendo á lo lejos el prolongado ruido del carruaje, y aún Efigenia permanecía en su asiento como herida del rayo: inmóvil, abatida, sin conciencia siquiera de su triste situacion.

Pedro Gil, que entró en el gabinete, se quedó cerca del dintel con los brazos cruzados y moviendo la cabeza en actitud desesperada. La condesa, al verle, lanzó un grito y rompió á llorar con desgarradores sollozos, exclamando:

—¡Se marcha!... ¡Me abandona!... ¡Desdichada de mí!

—¡Y cerquita que vá el pájaro!... ¡Ya, ya!... ¡Para alcanzarle de un vuelo!...—dijo Pedro, sin dejar de menear la cabeza á uno y á otro lado.

—¿Dónde se dirige? ¿Tú sabes, Pedro, cuál es el término de su viaje? ¡Oh, dímelo pronto por compasion!...

—¿Qué, no lo sabe V. E. ?...

—¡Nada me ha dicho!

—Ha hecho bien de ahorrarla un disgusto; en ese caso yo tambien me callaré.

—Yo te mando que hables; quiero apurar hasta las

heces esta copa funesta. ¡Oh! ¿Dime, dime dónde vá?

—¿Lo exije V. E.?

—Sí; lo exijo, lo mando.

—Bien; pues el señor vá á Cádiz para embarcarse en un buque que le aguarda para hacerse inmediatamente á la vela con rumbo á las Antillas.

—¡Dios mio!... —esclamó la infeliz mujer, oprimiéndose el corazon con las manos y cayendo desmayada sobre el sofá.

—Esto ya lo preveía yo, —murmuró Pedro;—pero en fin, así daremos tiempo para que se aleje.

Luego, llamando á las doncellas para que la socorriesen, se retiró al fondo de la estancia, contemplándola con una alegría infernal.

El rostro de aquel hombre antipático reflejó un instante la especie de feroz satisfaccion de que se hallaba animado; tumultuosos pensamientos cruzaban por su mente, y sobre todos, uno, que parecia acariciarle con ardor, le dominaba completamente.

La condesa volvió en si, pero fué para sufrir nuevo tormento; porque se vió atacada de una enfermedad nerviosa, que la obligó á guardar cama algunos dias: en este tiempo el conde llegó á Cádiz, se embarcó; y á bordo ya del buque que le debia conducir á su destino, la escribió anunciándola su viaje á Ultramar, donde sus padres vivian, y en cuyo punto pensaba distraerse del horrible tédio que habia llegado á dominar su ánimo y su corazon.

Cuando Efigenia recibió esta carta estaba Pedro delante. La leyó visiblemente conmovida; despues, mirando al criado, le dijo:

—Acércate, Pedro, y óyeme: solo de tí espero la salvacion.

—Yo seré muy feliz en proporcionar á mi amada señora algun alivio en su desgraciada situacion.

—Tú lo puedes todo; si tienes valor para hacer un sacrificio en obsequio mio, escucha:

Pedro se acercó.

—Hace tiempo,—dijo la condesa,—que bulle una idea en mi mente, idea que hoy me hallo en el caso de realizar si he de recobrar el amor de mi esposo, y con él mi porvenir y mi fortuna. Si no tomo esta determinacion estoy perdida: mi esposo, olvidándose por completo de mí, acaso contraiga por allá nuevos lazos; y aunque no, como no tenemos hijos, todos sus bienes al morir él pertenecen á su familia; y yo, que durante seis años he sido esclava de su albedrío, me veré á la vejez sola y en la miseria.

—; Oh, ciertamente! ; Qué fatalidad!

—Pues bien, Pedro, se me ha ocurrido un medio para evitar todo esto, y tú puedes contribuir á llevarle á cabo.

—Disponga V. E. de mí; estoy dispuesto á todo.

—Se trata de un sacrificio doloroso, de desprenderte de una prenda que debe ser muy cara á tu corazon.

—No importa. La salvacion de V. E. es lo primero.

Efigenia, antes de hablar, fijó en Pedro Gil una mirada indefinible, llena de ansiedad, escudriñadora, como queriendo leer en el fondo de su alma. Le encontró impasible, resuelto á complacerla: entonces, haciendo un esfuerzo para dominar su poderosa conmocion, dijo:

—Se trata de que me cedas tu hijo.

—; Mi hijo, señora!... —esclamó Pedro con hipócrita fingimiento.

—Sí; el hijo que tu mujer lleva en su seno le haremos pasar por mio; ¿comprendes? De este modo, el conde volverá á mis brazos.

—; Ah, sí; es una feliz idea!

—Yo le aseguro el bienestar, la fortuna, un sitio distinguido en la aristocrácia; y él, en cambio, hará que

recobre mi corazón la dicha que ha perdido con el amor de mi esposo.

—Tiene razón V. E.; está perfectamente pensado: solo que aquí las víctimas vamos á ser mi mujer y yo, que perdemos nuestro hijo, sin que nos quede siquiera el consuelo de abrazarle como á tal; en fin, nos consolará la satisfacción de haber procurado al primer fruto de nuestro cariño una posición tan halagüeña.

—¿Con que accedes?

—Sí, señora; con mil amores.

—Bien; yo te lo agradezco infinito, y te probaré que no soy ingrata al señalado servicio que vas á prestarme.

—Tendré que consultarlo con mi mujer, aunque desde luego podemos contar con su asentimiento.

—Lo que debes hacer es traértela aquí; vivirá oculta en una habitación que al efecto la tendremos preparada, y cuando se aproxime la época de su alumbramiento, se trasladará á mi casa de campo en Torre-Azul. Allí, en los aposentos que yo ocupo, hay una puerta secreta que comunica con una sala, conocida solamente de mi familia; en ella se ocultará hasta el momento del parto.

A fuerza de dinero conseguiremos que un comadron nos preste su cooperación en este asunto, que tendrá todos los visos de una evidencia completa, porque yo haré que varios amigos reunidos en el salón inmediato á mi alcoba, reconozcan al recién nacido. ¿No te parece?

—¡Oh, está muy bien! Pero quedaría completamente destruido tan bello plan si el señor conde se presentase en el momento del parto.

—Eso no puede ser; ya lo tengo calculado. En esta carta me anuncia su partida, y no puede dudarse, porque está escrita á bordo del buque en el cual ha de hacer la travesía: ahora le escribo yo anunciándole mi estado interesante, diciéndole que, aunque debo hallarme ya en el quinto mes, no tenía antes una completa seguridad

para participarle tan fausta nueva. Mientras llega mi carta y él vuelve aquí, habrán pasado lo menos cinco ó seis meses, el tiempo necesario para llevar á cabo en debida forma nuestro proyecto.

—Corriente; en ese caso me presto á todo, dejando á V. E. cargar con la responsabilidad.

—No temas nada; me ha costado mucho trabajo decidirme á poner en plan este pensamiento; pero una vez resuelta, no hay consideracion humana que me haga retroceder, ni obstáculo que me intimide.

En efecto, la condesa preparó todo lo necesario para la ejecucion de aquella tarea, que segun su cálculo debia hacerla feliz; cálculo fatalmente desgraciado, porque debia atraer sobre su cabeza una eterna desdicha.

Pedro Gil, demasiado sagaz, no opuso dificultad, prestándose á todo sin trabas ni inconvenientes de ninguna especie. Empero cuando ya estaba todo arreglado, el alumbramiento próximo y el conde lleno de alegría en camino para Madrid, acompañado de sus padres, que gozosos venian con él á recibir en sus brazos al nuevo vástago que debia perpetuar su apellido, entonces, que la condesa no podia retroceder, se le ocurrió á Pedro Gil imponer condiciones.

Era primavera: las flores esparcian su aromático perfume en todas las habitaciones de la preciosa quinta de Torre-Azul.

La condesa, elegantemente vestida con un ancho traje de seda, cuya amplitud y entretelas dejaba conocer el abultado vientre y grueso talle de la dama, estaba sentada delante del bufete y cerca de una ventana que daba al jardin.

Pedro Gil entró sin pedir permiso; el favor que concedia á la condesa le autorizaba para todo. Esta, sin atreverse á decir una palabra, devoró en silencio aquella primera humillacion, ocasionada por el hombre indigno

en cuyas manos habia puesto su suerte , y del que tenia que sufrir tantos insultos.

—¿Qué hay, Pedro? —le preguntó, procurando dulcificar el tono de su voz.

—Sé que ha tenido V. E. cartas y venia á preguntarla si es alguna del conde; porque, francamente, hasta que salgamos de este laberinto estoy inquieto.

—No temas que su presencia nos interrumpa; me escribe que se embarcará con sus padres ocho dias despues de escrita su carta ; anunciándome se encontrará en Madrid á fin de mes , estamos á primeros y esperando el parto de un dia para otro ; ya ves si tenemos tiempo.

—Es verdad: ¿y vendrá muy contento?

—Mucho. Su júbilo es inmenso ; ¡qué satisfaccion tan grande será la suya cuando hace que sus padres abandonen su país y atraviesen los mares con el solo objeto de conocer á su hijo!

—Pues yo, señora, siento decírselo á V. E. ; pero tengo un disgusto grande: hace dos noches que no duermo pensando en ello.

—¿En qué?... ¿te ocurre alguna nueva duda?

—Me atormenta la idea de si mañana ú otro dia , y cuando mi hijo esté acostumbrado al esplendor de que vá á verse rodeado en la cuna, se disgusta V. E. con él, por cualquier cosa, y bien porque la fatalidad haga que tenga un hijo verdadero y descubriendo el pastel me le deja sin título y sin fortuna.

—Eso no puede ser ; puesto que en la partida de bautismo ha de aparecer como hijo nuestro.

—No me basta eso ; yo quisiera una seguridad mayor.

—Te daré mi palabra de no descubrirlo nunca por escrito si lo exijes.

—Si, señora; mas el testimonio que yo quiero ha de ser de un género nuevo, pero para mí más seguro que todos los documentos del mundo.

—¿Y cuál es?...

—Por ejemplo una carta como esta escrita toda de mano y letra de V. E. y firmada con su nombre.

Pedro sacó de su cartera un papel y le presentó á la condesa. Esta le leyó en voz baja, poniéndose más y más pálida á medida que avanzaba en la lectura.

El criado se sonreía como gozando en aquel tormento.

Hé aquí el contenido de aquella carta tan infernalmente calculada:

«Querido Pedro: te marchas y me dejas cuando más necesito de los auxilios de tu amor. ¡Oh! ¡vuelve pronto! Necesito que me perdones una resolución que he tomado. Sabes y tienes de ello innegables pruebas y una completa seguridad de que el hijo que llevo en mi seno es tuyo; pues bien, el amor de madre ha despertado en mí la idea de hacerle pasar por hijo del conde mi marido; de este modo aseguro mi porvenir y el de nuestro hijo que llevará en lugar de la mancha de nuestro crimen una corona de conde.

»¡Oh! aunque no apruebes mi pensamiento, que si le aprobarás, el mal está hecho: la carta en que anuncio á mi marido la para él tan fausta nueva, está en el correo y parte para su destino.

»Ven pronto; te aguarda mi amor, que durará tanto como mi vida.

»Siempre tuya,

EFIGENIA TORRE AZUL, CONDESA DE GUAYAQUIL.

La infeliz mujer, al concluir la lectura de aquella carta fatal, la retiró con indignación, estremeciéndose horrorizada; Pedro, con su irónica sonrisa y con un tono que anunciaba la seguridad de su triunfo, añadió:

—Esta carta llevará el sello de V. E., y dirigida á mi nombre la pondremos en el correo; yo iré á recojerla al

pueblo donde están los padres de mi mujer, y la conservaré siempre, respondiéndome ella de vuestra palabra y de la inviolabilidad del secreto que concede á mi hijo una posicion y un nombre.

—Pero yo no puedo acceder á una demanda tan horrible,—esclamó Efigenia.—¿No conoces que esa carta puede deshonorarme á los ojos de mi marido, que me acusará de adulterio cuando mi frente se conserva pura como la de un niño en el regazo maternal?

—Sí, señora; pero esa carta no la verá el Conde ni nadie, mientras V. E. conserve á mi hijo en el puesto en que va á colocarle, sin descubrir el secreto.

—¡Esto es una infamia!...—murmuró Efigenia en el calor de la más santa indignacion.

—Señora, —dijo Pedro revistiéndose de cierta seriedad, y con un tono ofendido:—yo no soy infame; al consentir en desprenderme del primer fruto de mi amor, debo asegurarle su suerte; de otro modo no consentiré en someterme á esa farsa, todavía más infame que mi proposicion; porque á mí me la dicía el más noble de los sentimientos, el amor de padre, y á vos el más indigno, el egoismo.

—Únicamente el deseo de recobrar el amor de mi esposo... ¡ay! ¡y qué caro me vá á costar!... ¡voy á comprar el goce de algunos instantes, acaso por la desdicha de toda mi vida!!.

—Aún estamos á tiempo... me llevo á mi mujer; mi hijo nacerá en el pueblo, se llamará Pedro Gil, y punto concluido...—dijo el criado en un tono tan resuelto, que la condesa asustada le dijo con una voz en que se traslucía su emocion y las angustias de su alma:

—¡Detente!... tienes tanto cálculo, como yo poca prevision... ya no es tiempo de retroceder; ¡estamos al borde del abismo!... ¡adelante, y sea lo que Dios quiera!...

La condesa rompió en amarguissimos sollozos: Pedro,

sin inmutarse siquiera, la puso delante un pliego de papel timbrado con las iniciales y la corona, mojó una pluma en el tintero de plata cincelado, y presentándosela, dijo:

—Escribid; yo os dictaré.

—No hay necesidad. deja la carta; la copiaré...; ahora necesito estar sola.

—Una hora doy á V. E. de término; si en este tiempo no está en mi poder, queda deshecho nuestro trato;—añadió Pedro saliendo de la estancia.

—¡Ahora impone condiciones!... ¡ah! ¡malvado, cómo aguarda para dictarlas al último momento!...—murmuró Efigenia contemplando con doloroso abatimiento aquella carta fatal.

Pasó una hora, durante la cual debió sufrir horriblemente aquella infeliz mujer; porque cuando Pedro se presentó en la estancia, le entregó la carta escrita y sellada por ella misma, y luego lanzando un agudo grito cayó en tierra atacada de una convulsion nerviosa.

